

JORGE FERNANDO ITURRIBARRIA

Nació en Oaxaca, Oaxaca, el 5 de abril de 1902. Falleció en la misma ciudad.

Fue uno de los más destacados historiadores de Oaxaca. Autor de las siguientes obras: *Historia de Oaxaca, 1821-1854, de la consumación de la independencia a la iniciación de la reforma, con una galería iconográfica de los gobernadores del Estado y un apéndice* (1935); *Historia de Oaxaca*, 4 v. (1935); *Monografía histórica sobre la industria de la seda; Morelos en Oaxaca; Guía de turistas-Oaxaca; Mitla, Monte Albán; Monografía acerca del Palacio de los Poderes del Estado; Benito Juárez, Porfirio Díaz, hechos históricos de la vida de estos próceres de la Reforma* (1960); *La generación oaxaqueña del 57: síntesis biográfica* (1926); *Yagul: mestizo product of Mixtecos and Zapotecos* (1960); *Oaxaca en la historia, de la época precolombina a los tiempos actuales* (1955); *Las viejas culturas de Oaxaca* (1952) y diversos artículos en revistas especializadas.

Fuente: Jorge Fernando Iturrubarría. *Oaxaca en la historia, de la época precolombina a los tiempos actuales*. México, Editorial Stylo, 1955. XXXV-471 p. (Publicaciones de la Universidad Benito Juárez de Oaxaca), p. 40-47.

LA ALIANZA MIXTECO-ZAPOTECA

Los mixtecos, por obvias razones de ubicación de su zona, sufrieron, antes que los zapotecas, la penetración mexicana, la conquista de algunos de sus centros principales y la imposición de destacamentos, como el de Tlaxiaco.

Cuando, a mediados del siglo xv, el poderío mixteca se había desplazado de Tilantongo a Coixtlahuaca —que prosperaba bajo su rey Atonaltzin— el rico mercado a donde afluían comerciantes de Tenochtitlan, Texcoco, Chalco, Coyoacán, Xochimilco, Azcapotzalco y Tacuba, con su tráfico de joyas de oro, cerámica y tejidos de algodón, incitó la codicia de Moctezuma I, el rey azteca bajo cuya hegemonía se inicia el imperialismo mexicano.

El pretexto fue la posesión de un arbusto de bellas flores amarillas, llamado Ixquixóchitl, que Moctezuma codiciaba para sus jardines. Al mismo tiempo Atonaltzin ponía coto a las incursiones de agentes o espías mexicanos, que pululaban bajo el disfraz de comerciantes. Esta precaución hirió el or-

gullo de Moctezuma. Atonaltzin, a su vez, tomó aprestos de guerra. No tardaron en llegar las poderosas huestes mexicanas, pero el resultado de la guerra fue favorable a los coixtlahuacas (Monarquía Indiana. T. I. 2a. parte. Cap. XLVIII).

Pasó el tiempo y Moctezuma preparó el desquite, y con soldados de México, Texcoco, Tacuba, Chalco y Xochimilco, capitaneados por Cuauhnoctli y Tizocyauacatl, los lanzó a Coixtlahuaca el año de 1458. Atonaltzin, a su vez, buscó la ayuda militar de tlaxcaltecas y huejotzincas.

El Códice Baranda explica algunos de los incidentes de esta lucha, en que los mexicanos esta vez resultaron vencedores. Traidores mixtecas o espías mexicanos conducen al ejército de Moctezuma, que no penetra por el norte, sino flanquea a Coixtlahuaca por el oeste, llegando primero a Tamazulapan. Los mixtecas y sus aliados son derrotados, Atonaltzin es muerto por sus propios súbditos, que atribuyen este fracaso a los aliados tlaxcaltecas y huejotzincas. El botín se forma de innúmeros prisioneros, de las semillas del Ixquixóchitl y de la esposa de Atonaltzin, hermosa y digna mujer que, nueva Penélope, es llevada a los palacios del rey e inútilmente cortada. En el códice aparece la descripción de estas escenas y sobre un túmulo, muerto Atonaltzin. También en el Códice Mendocino se ve, en primer término, el jeroglífico de Coixtlahuaca, y sobre él, con los ojos cerrados y con una soga al cuello, indicativo de la forma afrentosa de su muerte, "está el señor de Atonal, príncipe de los toltecas". (Lám. 7. Lehmann.)

Con esta victoria, Moctezuma pudo señorear en una gran parte de la Mixteca, avanzar hacia el sur y establecer un destacamento en Huaxyacac, a distancia relativamente corta de Zaachila, centro militar zapoteca y residencia de Zaachila III, padre de Cosijoeza. Ya desde el siglo XIII la penetración mixteca en el Valle de Oaxaca se había generalizado, como lo demuestra el estudio de la cerámica hallada en una vasta zona de esta comarca. Probablemente la dominación parcial de los mexicanos sobre la Mixteca influyó en hacer más fuerte esta corriente de penetración mixteca sobre el territorio zapoteca. Mixtecas eran los ocupantes de Mitla —cuyos palacios aún no se construían—, cuando el propio Moctezuma decide lanzar sobre dicha población una expedición punitiva, para vengar agravios cometidos en las personas de comerciantes mexicanos por mixtecas de Huaxyacac, que residían en Mitla.

En represalia, pusieron cerco a Huaxyacac, la asolaron y destruyeron, sin dejar edificio en pie, pero cuidando de que hubiera gran acopio de cautivos, pues Moctezuma había diferido esta expedición hasta concluir el templo de Huitzilopochtli, a cuyo estreno estaban destinadas las víctimas, como ocurrió.

Así Moctezuma I abrió el camino de las conquistas sobre la región de mixtecas y zapotecas, marcando a sus sucesores la ruta de nuevos logros hacia el Tehuantepec, el Soconusco, Guatemala y Centroamérica.

A Axayácatl, sucesor de Moctezuma Ilhuicamina, estuvo reservada la conquista de Tehuantepec y de gran parte de la costa, en ambos litorales, hasta Coatzacoalcos, por el norte, y Huatulco, por el sur. Sin embargo, nada intentó entonces contra los zapotecas de Zaachila, ni contra los mixtecas de Tututepec.

Durante el reinado de Tizoc, sucesor de Axayácatl, hay indicios de excursiones militares en Yanhuitlán y Mitla; sin embargo, no se registran conquistas de gran envergadura y, por el contrario, algunos pueblos mixtecos lograron manumitirse de la dominación mexicana, lo que demuestra que estas excursiones no tuvieron por fin principal la expansión de las conquistas mexicanas, sino la captura de prisioneros destinados a los sacrificios rituales. Esta situación permitió a los mixtecas seguir dominando, de hecho, sobre sus vecinos los zapotecas.

Las campañas mexicanas de expansión y conquista territorial se reanudan con Ahuizotl, en 1486, ya durante la época en que Cosijoeza comienza a gobernar en Zaachila, pero continúa destacándose la nota característica de un tácito acuerdo de abstención y respeto entre mexicanos y zapotecas, probablemente porque éstos, de hecho dominados por los mixtecas, encontraban conveniente favorecer a los mexicanos, que peleaban contra sus tradicionales enemigos los mixtecas; lo que dio motivo a una amistad eventual.

Así, cuando Ahuizotl decidió emprender de nuevo la conquista de Tehuantepec, Soconusco y Guatemala, no es extraño que, al llegar el rey mexicano con sus huestes, fuera recibido como aliado por los zapotecas, quienes lo guiaron hasta el Istmo. Ahuizotl pudo fácilmente recuperar una extensa zona ístmica y penetrar después a Pelopenisa (Miahuatlán), ayudado también por los zapotecas, que casi tenían perdidos los pueblos de este valle y serranías circundantes, por las constan-

tes rebeliones de sus súbditos, incitados por los mixtecas de Tututepec.

Según Fray Diego Durán, Ahuizotl realizó después una segunda incursión sobre Tehuantepec y conquistó luego el Soconusco. Las concentraciones militares se hicieron en Huaxyacac, con la ayuda de los zapotecas. En el Soconusco fue solicitado, por emisarios de Guatemala, para llevar sus armas hasta allí; pero el monarca prudentemente renunció a estas conquistas, precaviendo el peligro de alejarse demasiado de su reino en una zona poblada de enemigos, y ordenó regresar a Tenochtitlan.

El año "2 Conejo", (1494), según el Códice Telleriano-Remense, Mitla fue víctima de una violenta excursión punitiva de las huestes de Ahuizotl, en la que se registró la matanza total de sus moradores, sin exclusión de edad o sexo, más el incendio de la población. De aquí en adelante varió radicalmente la política amistosa de Ahuizotl para con los zapotecas. Los tributos y exacciones aumentaron progresivamente y la altanería y soberbia de los agentes mexicas hacía ya imposible el mantenimiento de una situación pasiva. De la condición forzosamente tolerada, de protectorado mexicano en que Zaachila se convirtió, pasó, de golpe, a constituirse en tierra de conquista.

Inspirado por estas desventuras, que su pueblo no tardaría en recriminarle, Cosijoeza comenzó a emprender pláticas secretas con los mixtecas, para concertar con ellos una fuerte alianza y enfrentarse a sus comunes enemigos. Consta en el Códice Telleriano-Remense que el año "3 Cañas" (1495), los mexicanos cayeron sobre Teozapotlán (Zaachila) y lo sujetaron bajo su dominio *manu militari*.

De la iniciativa del gran estratega, diplomático y estadista zapoteca que fue Cosijoeza, partió el audaz e inteligente plan, que obtuvo la aprobación de los reyes de Coixtlahuaca y Tututepec. Estos levantaron un poderoso ejército, en tanto que Cosijoeza establecía un campo de concentración militar fuera de sus dominios, para no hacerse sospechoso y poder actuar impunemente. Determinó fortificar los cerros que por su natural topografía cierran la cañada de Quiengola, en Tehuantepec. Dispuesta ya la guerra acaudilló a los pueblos del Istmo, mandó pasar a cuchillo a las guarniciones y puso en fuga a los agentes de Ahuizotl.

Lanzado así el guante, Ahuizotl aceptó la lucha, seguro de

triunfar, y envió fuertes contingentes represivos. Estos se encontraron murallas naturales cuidadosamente fortificadas, en donde Cosijoeza había tomado las prevenciones propias de una lucha larga y cruenta. Contaba con manantiales permanentes y había construido jagüeyes con pescadería viva, reproducida en cantidad suficiente para proporcionar constante alimento, además de la carne que antes había mandado salar y de todos los aprovisionamientos allí depositados. Se previno con arpones envenenados y con todo género de armas. Según el padre Burgoa, los contingentes mixtecos llegados pasaban de veinte mil hombres, y de otro tanto o más podía disponerse en soldados zapotecas.

Hábilmente, cuando era tomado prisionero un capitán mexicano, Cosijoeza lo metía dentro de la fortificación para que, observando sus contingentes, provisiones y armamento, y puesto luego en libertad, fuera a propagar estas noticias entre sus compañeros.

Como era de suponerse, dado su valor estratégico, la posición mixteco-zapoteca de Quiengola fue sitiada por los ejércitos de Ahuizotl, entre cuyos jefes se hallaba el segundo Moctezuma, sobrino del monarca azteca. Las avalanchas de atacantes se sucedían sin más resultado que el espectáculo impresionante de una gran mortandad. Varias veces Ahuizotl mandó renovar los hombres de las expediciones, y tantas otras éstas regresaban diezmadas a Tenochtitlan, propalando sus fracasos y afirmando que la posición era inexpugnable. Así se batalló durante siete largos meses, en los que Cosijoeza cuidó celosamente de que la peor parte de la guerra pesara sobre sus aliados mixtecas. Esta maniobra y otra no menos hábil, reveladora de su gran visión del futuro —internarse en el Soconusco, concretar alianzas y conquistar varios pueblos, mientras se concertaban las condiciones de paz— le garantizaron a Cosijoeza el triunfo que tenía previsto, acrecentaron su poder y su prestigio, que más tarde pensaba usar contra los mixtecas.

Ante los reiterados fracasos de los mexicanos, éstos se avinieron a concertar las condiciones de paz. Como embajador de Ahuizotl quedó investido su sobrino Moctezuma Xocoyotzin. “Entre las condiciones de amistad y correspondencia de los dos, mexicano y zapoteca —dice el historiador Burgoa—, fue la principal que éste (Cosijoeza) casase con una hija de Moctezuma (era su sobrina), gran señora, llamada por su

hermosura *Copo de algodón* (Coyolicaltzin)". (Geográfica Descripción. T.I. págs. 341-343. 2a. Edición.)

Efectivamente, Cosijoeza, procediendo como un consumado diplomático, impuso las más espléndidas condiciones de paz, a través de una alianza de sangre con la dinastía mexicana, que jamás rey indígena alguno había logrado, casándose con la sobrina del futuro Moctezuma II y abatiendo con esa unión el orgullo de los mexicanos.

Colmando su triunfo, logró que las nupcias se efectuaran en Tehuantepec, a donde llegó su futura consorte, acompañada de un espectacular séquito de nobles de la corte de Ahui-zotl.

Los grandes servicios prestados por los mixtecas a Cosijoeza fueron pobremente recompensados con la cesión de nueve leguas cuadradas en Tehuantepec, en donde una parte de los soldados participantes en la defensa de Quiengola se aposentaron con sus familias. Este lugar se conoce todavía con el nombre de La Mixtequilla.

Sin embargo, todo hace suponer que las ventajas obtenidas por los zapotecas en el triunfo de Quiengola y el matrimonio de Cosijoeza con la princesa mexicana fue más aparente que real, pues los mixtecas continuaron ocupando las poblaciones que antaño habían ido ganando a los zapotecas, lo que demuestra que los mexicanos se desentendieron de ayudar a Cosijoeza en la reivindicación de estas tierras.

En algunos lugares, como en Mitla, seguían conviviendo mixtecas y zapotecas bajo la hegemonía de aquéllos. Esto no ofrece duda por el carácter típicamente mixteca de las pinturas que están casi desapareciendo de uno de los dinteles del grupo llamado de "Edificios Católicos". Corrobora, además, la convicción de una larga ocupación mixteca en ese sitio la erección de sus monumentos, que ya no pueden considerarse clásicamente zapotecas, pese a que arquitectónicamente corresponden a secuencias tardías del proceso iniciado en Monte Albán desde su III Epoca, pero enteramente distinta en el sistema decorativo de los meandros, ya correspondientes a otras influencias que necesariamente hubieron de desarrollarse entre los mixtecas toltequizados.

Por otra parte, las más recientes exploraciones hechas por el arquitecto Ignacio Bernal en Cuilapan y Yagul, pequeña ciudadela, esta última, descubierta en 1954, en el distrito de Tlacolula, y todas las calas estratigráficas realizadas en diversos

puntos de la zona zapoteca, revelan una ocupación mixteca en un período que se extiende a los fines del siglo xv y principios del xvi, o que por lo menos testimonian —si se quiere— la convivencia, por ese tiempo, de mixtecas y zapotecas.

En realidad, durante el reinado de Moctezuma II los mexicanos no emprenden más que una conquista sobre la zona de los *oaxáquidos*, la de Tututepec. Se limitan, casi, a conservar trabajosamente lo ya logrado; trabajosamente porque las sublevaciones de los mixtecas son frecuentes y a veces llenas de arrogancia y desafío, como el golpe de mano dado por Ceteplatl y Nahuixóchitl, señores de Coixtlahuaca y Sosola, respectivamente, a las guarniciones mexicanas, en el año de “4 Casas” (1506). Es verdad que las represalias aztecas no se hacían esperar, pero por los relatos de los cronistas españoles se infiere que estas expediciones se inspiraban más en el afán de requisar prisioneros para los sacrificios, antes que en el propósito de conservar sus conquistas.

Así ocurre en 1609 con una nueva sublevación de Sosola y otra simultánea de Yanhuatlán, en las que, por actos de desobediencia, la última población —importante por los tributos que aportaba— fue incendiada por los mexicanos. Sosola, antes de esperar las represalias, es abandonada y desolada por sus pobladores.

Única conquista realizada, como ya se dijo, fue la del reino mixteca de Tututepec, en donde gobernaba Casandoo. Los mexicanos necesitaban una arenilla muy fina que servía de esmeril para pulir el jade, indispensable a sus lapidarios, y como no pudieron obtenerla pacíficamente emprendieron la guerra, imponiendo su voluntad y sistema tributario a los mixtecas de esta región costanera.

Como el año de la conquista mexicana de Tututepec y Quetzaltepec hubo un gran terremoto, las pinturas de los códices Telleriano-Remense y Vaticano representan estas dos batallas con el signo ideográfico del mismo, la indicación de haber sido abundantes las cosechas, y la fecha “8 Casas” (1513).

La última fecha de guerra punitiva de mexicanos y mixtecas corresponde al año de 1516, que marca el incendio y arrasamiento de Tlaxiaco, represalia por el asalto a un cargamento de tributos de Coixtlahuaca que los *calpixque* conducían de Tlaxiaco a México. Los prisioneros fueron llevados y sacrificados en la fiesta del **desollamiento** en honor de Xipe

Totec, una divinidad que tuvo su origen en el área mixteca, entonces ya adoptada por los mexicanos.

En los años posteriores, que van marcando el clímax y la crisis del poderío mexicano, Moctezuma no sólo se abstiene de emprender conquistas en las dos Mixtecas: casi abandona la posesión de lo conquistado, limitándose al cobro de los tributos, cuyo pago va dejando de ser puntual. Influyen en él los pronósticos funestos, la división de acolhuas y texcocanos, la actitud desconfiada y virtualmente rebelde de tlaxcaltecas, cholultecas, huejotzincas y atlixqueños. Un clima general de incipiente malestar propicio a la liberación agita a las colonias mexicanas y permea el ámbito de la sierra mixteca, en donde no se desconoce el pánico que domina a Moctezuma.

Zaachila y Tehuantepec, los reinos de Cosijoeza y Cosijopi, entran en una era de peligrosa vulnerabilidad, asequible a la venganza mixteca, por la cuenta pendiente de Quiengola. Cuilapan podía ser el "Caballo de Troya", colocado en el corazón del reino zapoteca. Cosijoeza avizora el peligro, y antes de que aquella población se convierta en centro de una concentración enemiga, ordena la expulsión de los vecinos de Cuilapan, pero la respuesta de los mixtecas, colgando de un árbol al emisario, es ya la señal de guerra. Los pueblos que, de antaño, rodean a la capital zapoteca, se ponen en pie de lucha, convocados por sus caudillos militares.

Con el grueso de su ejército, Cosijoeza escapa del cerco, acampa en las faldas de una pequeña eminencia de Zegache —que los españoles designarían con el pintoresco nombre de "la tela de María Sánchez"— y ordena a su hijo Cosijopi, rey de Tehuantepec, la concentración de sus soldados para ayudarlo a librar la batalla con sus vecinos.

La atalaya natural de Monte Albán era erizada de tropas enemigas y un hálito de venganza y muerte recorre los Valles Centrales ante el choque inminente, cuyos resultados habrán de decidir cuál es el grupo más poderoso.

Todos estos aprestos transcurren cuando Cortés y Moctezuma protagonizan el drama doloroso de Tenochtitlan y los hombres "blancos y barbados" de la profecía de Quetzalcóatl descienden de sus "casas flotantes" a las playas del Golfo para abatir el poder sin rival del monarca mexicano.

La noticia de la caída de Tenochtitlan llega a mixtecas y zapotecas como el eco de un mito legendario y absurdo: los dioses de aquel "Malinche" venido de oriente debían ser más

poderosos que los suyos. ¿Cómo, si no, habrían sido abatidos y dejado que la Cruz señera de los vencedores se entronizara sobre el Templo Mayor?

El apremio que aflige a los zapotecas les sugiere, por el derecho de sobrevivir a su propio drama, el impulso instintivo de aliarse al vencedor, sin tratar de resolver el para ellos profundo complejo político-religioso que encierra el increíble final del poderío mexicano.